

INTRODUCCIÓN

Entre 1910 y 1916 la República Argentina celebró su primer centenario de vida. El 25 de mayo de 1910 conmemoró por todo lo alto la Revolución de Mayo y, el 9 de julio de 1916, la Declaración de su Independencia. Cien años fueron suficientes para que la Argentina se convirtiera en una gran potencia: si a comienzos del siglo XIX su producción representaba el 3% del producto bruto sudamericano, en torno a 1910 llegó a representar el 50% de ese producto bruto, y el 8% del comercio mundial. Cien años fueron necesarios también para recomponer las relaciones con España, rotas a partir del momento en que se creara el primer gobierno patrio, bajo pretexto de que Fernando VII, preso en Bayona, no podía gobernarnos. Contribuyeron a esta reconstrucción y acercamiento las oleadas de inmigrantes, básicamente italianos y españoles, que a partir del último cuarto del siglo XIX empezaron a llegar a la Argentina en número creciente (en 1889 entraron en el puerto de Buenos Aires 260.000 inmigrantes). Emilia de Zuleta dedica un hermoso párrafo a los inmigrantes españoles:

¿Quiénes eran aquellos inmigrantes? En primer lugar, venía el ejército innumerable de las gentes sin oficio, o que se vieron obligados a cambiarlo en la Argentina por razones laborales, con una adaptabilidad que produjo excelentes resultados. Aunque muchos no han dejado huellas en la historia, alimentaron esa intrahistoria de habla, canciones, costumbres, valores, sentimientos, actitudes, que constituye el estrato profundo donde enraíza la más prodigiosa operación de mestizaje de los tiempos modernos¹.

Miles de españoles vinieron a la Argentina durante el período 1910-1916 y se quedaron gratamente sorprendidos ante la pujanza de la nueva república, que volvía a mirar a España como a la madre patria. En esta introducción

1. Emilia de Zuleta, *Espanoles en la Argentina. El exilio de 1936*, Buenos Aires, Atril, 1999, pág. 15.

queremos fijarnos en seis españoles notables² que se relacionaron con la Argentina en ese período y contribuyeron a afianzar los lazos culturales entre ambos países.

Uno de ellos fue Adolfo Posada, de la Universidad de Oviedo, a quien Joaquín V. González invitó a la Universidad de La Plata para que fundara aquí algo similar a la Junta de Ampliación de Estudios Históricos. El objetivo fue alcanzado, porque dicha Junta creó entre nosotros en 1912 la Institución Cultural Española, dentro de la cual figuras como Avelino Gutiérrez promovieron un intenso intercambio científico y cultural entre España y la Argentina.

El deslumbramiento de Posada fue tal que llegó a temer que España quedara despoblada debido al fenómeno de la inmigración, explicable ante un desarrollo tan notable como el argentino. Le enorgullece y sorprende que en una ciudad tan hermosa como Buenos Aires se hable español, y elogia tanto la dignidad de la clase dirigente como la elegancia de la aristocracia³.

Rafael Altamira inicia en 1909 un viaje por Hispanoamérica que durará nueve meses y lo llevará por la Argentina, Chile, Perú, Colombia, Panamá y México. Catedrático de Historia del Derecho Indiano en la Universidad de Oviedo, también fue recibido con todos los honores en Universidad de La Plata por Joaquín V. González. Con anterioridad a su viaje había publicado en la revista *España* setenta y cinco artículos, entre 1904 y 1907. Dicha revista era publicada en la Argentina por la Sociedad Patriótica Española, institución tan activa como la mencionada Cultural Española. En la prédica de Altamira alentaba este principio: hispanismo y americanismo son conceptos que se remiten uno al otro. Al regresar de su viaje presentó ante su Universidad un plan de intercambio de profesores, estudiantes y publicaciones entre España y América. Con todo esto logró que el español amara América y que el americano valorara sus raíces.

Entre 1905 y 1910 Ramiro de Maeztu trabaja como colaborador en Londres del diario *La Prensa*. Conocedor del proyecto sarmientino, considera que la alfabetización ya ha sido alcanzada por la población de la Argentina y que ha llegado el momento de buscar nuevos ideales en la cultura y en la ciencia, el momento de dotar de contenido profundo esa capacidad de pensar en español, el momento de convertir a los inmigrantes en ciu-

2. Los elegidos por el ciclo *Miradas españolas en tiempos del Centenario*, organizado por la Fundación Ortega y Gasset Argentina y celebrado entre el 30 de agosto y el 4 de octubre de 2007.

3. Publicó un libro en el que describe esta experiencia: *La República Argentina: impresiones y comentarios*. Madrid, Librería General de Victoriano Suárez, 1912.

dadanos. Trata por lo tanto de ejercer un magisterio intelectual que lo lleva a reflexionar acerca de temas diversos: el fenómeno de la inmigración en la Argentina, la actitud de los argentinos en París, las fisuras que muestra el desarrollo argentino, los hábitos de ahorro e inversión que se advierten en el Londres de Eduardo VII, el puritanismo británico, las características de la burguesía en ascenso. Atento a todo lo que muestra Europa, durante la Semana Naval, en Alemania, tiene ocasión de conocer nuestro buque escuela, la Fragata Sarmiento. Le llama mucho la atención que entre los oficiales haya mulatos e hijos de inmigrantes. La movilidad social que se vive en la Argentina es el gran atractivo para los inmigrantes, y es el motivo de preocupación de las familias patricias.

Absolutamente pintoresco es el caso de Vicente Blasco Ibáñez. Llega a la Argentina a principios de 1909. Al respecto hay una anécdota curiosa: Anatole France y Blasco Ibáñez llegaron a Buenos Aires en el mismo buque y se instalaron en el mismo hotel, España, de la Avenida de Mayo. La popularidad de Blasco era tal que una multitud lo recibió y otras multitudes se agolpaban al pie del balcón del España para saludarlo. Él salía, agitaba los brazos y conmovía a todos, mientras que el pobre France pasaba absolutamente inadvertido (¡un novelista francés eclipsado por uno español y en la afrancesada Buenos Aires!).

Blasco Ibáñez consigue del gobierno (que lo apoyó mucho, como también lo hizo el periodismo) un pase libre para viajar en ferrocarril por todo el país. Donde los trenes no llegaban, él lo hacía a caballo o a pie. Llegó a sitios insólitos y hay fotografías que lo prueban. En menos de un año recorre el país. Funda dos colonias con el propósito de poblarlas de valencianos: Cervantes, en la provincia de Río Negro, y Nueva Valencia, en la provincia de Corrientes. Prosperó la segunda, porque estaba dedicada al cultivo del arroz y la naranja. En la actualidad, poco queda de ella. La colonia Cervantes fue un fracaso, quizás por las condiciones climáticas de nuestra inhóspita Patagonia⁴.

A su regreso, publicó en España un álbum, tal como se usaba en la época, en el que compendia esta sorprendente aventura, titulado *La Argentina y sus grandezas*⁵.

El mencionado ciclo, organizado en torno a testimonios españoles ofrecidos en tiempos de nuestro centenario, trató en último término la figura de José Ortega y Gasset, cuya primera visita a la Argentina se produjo en 1916, merced a los oficios de la Institución Cultural Española. Que viniera a

4. Respecto de la estadía de Blasco en la Argentina, nos resultó muy revelador el trabajo de José Payá Bernabé, «Blasco Ibáñez en Azorín», en: *Anales Azorinianos*-7, 1999, págs. 171-185.

5. Blasco Ibáñez, Vicente. *La Argentina y sus grandezas*. Madrid, Española Americana, 1910.

Buenos Aires a desarrollar temas filosóficos en español no resulta sorprendente si tenemos en cuenta que España y la Argentina habían alcanzado el grado de desarrollo y comunicación que los cuatro casos anteriores ponen en evidencia. Lo notable es que vino a decirnos que había llegado el momento de romper con la segunda mitad del siglo XIX, con el positivismo científicista, con el darwinismo y hasta con el latinismo de la España católica, apostólica y romana de la que nos había hablado Menéndez Pelayo. Todo lo anterior significaba que los argentinos teníamos que renunciar, según Ortega, incluso a nuestra gloriosa generación del ochenta, a la que debíamos buena parte de nuestra prosperidad. Con esa propuesta, su público no estuvo de acuerdo. Pero no obstante, el mensaje de Ortega fue escuchado con atención por los argentinos, porque la Primera Guerra Mundial hacía dos años que se mostraba como un fúnebre telón de fondo y nos decía que, efectivamente, el modelo europeo, por burgués y científicista, estaba en total crisis. Al mismo tiempo se imponía con todas sus fuerzas algo nuevo: el *american way of life*.

Los festejos en torno al primer centenario de la patria, mencionados en el comienzo de esta Introducción, fueron variados y coloridos. Reflejaron el poderío de la nación argentina y la admiración de las naciones del mundo. Siete de estas potencias se sumaron al Programa de la Comisión Nacional del Centenario y regalaron a la ciudad de Buenos Aires sendos monumentos con los que pretendían perpetuar ese reconocimiento: España, Italia, Francia, Alemania, Estados Unidos, Gran Bretaña y Suiza. Los grupos escultóricos donados se convirtieron, con el correr de los años, en símbolos de sus respectivas colectividades, y embellecen al presente la capital argentina con su permanente alusión a la magna fecha, tanto más grande cuanto más pequeña es nuestra significación actual en el concierto de las naciones, tanto más grande cuando en el corriente año conmemoramos nuestro bicentenario, sin grandezas, sin variedad, sin colorido. Pero de todos ellos, el monumento regalado por España, ejemplo de escultura modernista, fue el más hermoso y el más significativo, tanto que con el paso del tiempo se convirtió en el «Monumento de los españoles» y perdió su nominación original: «La Carta Magna y las Cuatro Regiones Argentinas». Su emplazamiento en el cruce de las Avenidas Libertador y Sarmiento es, por otra parte, privilegiado.

Pero hay otra manifestación española en el marco del centenario que testimonia con mayor elocuencia el reencuentro producido entre España y la Argentina en torno a 1910. Nos referimos al Pabellón de España en la Exposición Internacional del Centenario, que ocupó la superficie más grande de todo el predio, que sorprendió con una estructura de vanguardia en la que se combinaban espacios abiertos y cerrados, y que exhibió los productos ultramarinos que un millar de comerciantes había seleccionado para poner en evidencia los muchos lazos comerciales que nos unían a la madre patria.

Porque fue la Cámara Española de Comercio la que gestionó ante el gobierno argentino semejante presencia. Así la resume el arquitecto Ramón Gutiérrez en un artículo⁶:

La movilización originada por un Manifiesto de la Cámara Oficial Española de Comercio, Industria y Navegación [...] fue fundamental para que España tuviera en Buenos Aires un Pabellón diferente. Fueron ellos los que obtuvieron del gobierno argentino los 45.000 metros cuadrados (muchos más que cualquiera de los otros países). Fueron justamente los comerciantes los que eligieron el boceto del arquitecto Julián García Nieto a quien ponderan como discípulo de Puig y Cadafalch. Su diseño será muy importante, pues por primera vez España juega una carta innovadora que no responde a la tradición historicista sino a la respuesta propia y contemporánea frente a la arquitectura.

Una segunda peculiaridad es que el modernismo catalán testimoniaba en definitiva a una región de España y la convertía en símbolo del conjunto [...] Una tercera es que el arquitecto fuera un argentino, aunque obviamente formado en Barcelona en los principios de ese modernismo que desplegaba en sus obras para la colectividad.

Semejante pabellón modernista es testimonio del rico intercambio comercial alcanzado entre España y la Argentina, intercambio que habrá nacido y evolucionado de forma paralela al otro del que nos hemos ocupado en esta Introducción, el del pensamiento y el de la cultura. En el hemisiciclo de ingreso de este soberbio pabellón se agregó un grupo escultórico que no figuraba en el boceto de García Nieto. En opinión de Ramón Gutiérrez, esta escultura desentona con el espíritu lúdico que tiene la concepción general del pabellón. La escultura representaba la lucha de los españoles por su independencia después de la invasión napoleónica. Y Ramón Gutiérrez sugiere que con ese agregado la Cámara de Comercio quizás intentó asociar las luchas paralelas de España y la Argentina por su independencia, planteándola como una gesta compartida de heroísmos, superado el hecho de que la joven república hubiese tenido como adversaria de esa gesta a la madre patria. Curiosamente, en las alegorías de 1910, divulgadas en postales y recordatorios, España se representa como una joven mujer, que no tiene aspecto de «madre», que porta una mínima corona, y que abraza a otra joven mujer, tocada con gorro frigio, que es la Argentina, como si una y otra pudieran equipararse en edad y trayectoria⁷.

6. Ramón Gutiérrez, «El Pabellón Español en la Exposición del Centenario», en: *El reencuentro entre España y Argentina. Camino al Bicentenario*, Buenos Aires, CEDODAL, 2007, págs. 43-50.

7. Describimos precisamente la tarjeta postal que ilustra la tapa del libro *El reencuentro entre España y Argentina. Camino al Bicentenario*, Buenos Aires, CEDODAL, 2007. La alegoría incluye las banderas argentina y española, portadas por ambas mujeres, y cantidad de símbolos como fondo de las dos imágenes.

El mayor y el más emblemático de los monumentos; el mayor y el más significativo de los pabellones: ejemplos elocuentes que dan cuenta de la excelente relación entre España y la Argentina, gestada en los primeros diez años del siglo xx.

Lo cierto es que el ambiente estaba preparado para que seis años después, justamente cuando celebrábamos el centenario de la declaración de nuestra independencia, Azorín hiciera su entrada en el periodismo argentino y se quedara en él durante treinta y cinco años, deleitándonos con la honda sencillez de sus artículos, siempre referidos a España y su cultura, artículos a cuyo estudio están dedicadas las siguientes páginas.

La primera colaboración de Azorín en *La Prensa* se inserta en este riquísimo panorama de intercambio y de diálogo, en el que podríamos agregar muchos nombres más de españoles notables en contacto con la Argentina de 1910-1916, por ejemplo el de Ramón María del Valle-Inclán, quien en 1910 dictó varias conferencias en Buenos Aires sobre literatura española, como nos recuerda Azorín en su libro *Madrid* ⁸.

No es Azorín un jurista, al modo de Posada o Altamira, no es un catedrático como lo fueron ellos, no es un aventurero como Blasco Ibáñez ni un filósofo como Ortega. A quien más se parece es a Maeztu, pero no escribe desde Inglaterra sino desde España. Jamás nos visitó. Sin embargo, la presencia de Azorín entre nosotros terminó siendo mucho más contundente que la de todos ellos, que sí vinieron a nuestro país, entre 1910-1916, o posteriormente, como fue el caso de Ramiro de Maeztu, que pisó tierra argentina en 1928.

Esto ocurrió básicamente por la reunión de dos realidades: la personalidad de Azorín y las características de *La Prensa*. Toda la vida de Azorín es un ejemplo de constancia, de resistencia, de trabajo, de fortaleza, de fe en la cultura de España (que es la cultura de Europa, que es la cultura clásica). Por otra parte, Azorín escribía y *La Prensa* le pagaba; Azorín es un trabajador «a destajo»: tanto entregas, tanto cobras. Y como un obrero, como un artesano que trabaja su pieza, como un jornalero de la pluma, entregó artículos de altísima calidad en forma regular, metódica, rítmica, uniforme, imparable.

Y *La Prensa* fue una admirable empresa periodística, fue el órgano de la colectividad española en la Argentina, fue el diario modelo que se mantuvo fiel a la verdad, a sus convicciones democráticas y a sus lectores. Por eso mismo fue muy combatida, resistió los ataques hasta donde le fue posible y reapareció tras haber sido intervenida por el segundo gobierno de Perón. Hoy no es el gran diario que fue. Como tampoco la Argentina es el gran país que fue. Emilia de Zuleta reflexiona de la siguiente manera ante el fenómeno de los dos diarios más importantes de la Argentina:

8. *Obras escogidas*, Madrid, Espasa, 1998, tomo III, pág. 953.

Paralelamente se había abierto un ancho cauce a la relación con España, su cultura, su literatura, su arte, su realidad social y política, a través de la prensa argentina y, sobre todo de los dos grandes diarios: *La Prensa*, fundada en 1869, y *La Nación*, en 1870.

¿Quiénes eran los sujetos de esta operación receptiva? O, dicho de otro modo, ¿quiénes eran los lectores que, junto con la producción cosmopolita que prevalecía en aquellas páginas, recibían aquel material español marcado con signos análogos de calidad y prestigio?

En primer lugar, serían los inmigrantes españoles en cuyos diferentes estratos —como hemos dicho—, había gentes ilustradas, pero también comerciantes e industriales que, habiendo llegado con escasas letras, se lanzaron fervorosamente a perfeccionar su educación. E incluso, los alfabetizados recientes que se convirtieron en asiduos lectores de periódicos.

En segundo término, estarían aquellos argentinos que, por tradición o por gusto, se inclinaban hacia lo hispánico dentro de un ambiente universalista más proclive al disfrute ecléctico de otras culturas.

En tercer término venía el gran elenco de los que llamaríamos «conversos», argentinos y españoles, sobre los cuales se ejercía aquella inmensa labor pedagógica, transformadora del gusto literario y de las ideas, mediante la prensa, y que paulatinamente descubrían los valores intelectuales y estéticos de la producción española. (Es éste otro tema poco estudiado. El análisis de este proceso de recepción y, en consecuencia, de la formación de un público lector de los grandes diarios, permitiría reconstruir un mapa intelectual de enorme interés y contribuiría a un conocimiento mejor de aquel escenario americano privilegiado por lo que Guillermo de Torre llamara su *porosidad espiritual* y su *abertura mental*)⁹.

Las siguientes páginas están dedicadas a entender este milagro de comunión cultural y espiritual, sostenido a lo largo de treinta y cinco años y once mil kilómetros, entre un escritor excepcional y un lector excepcional (español o criollo, refinado o popular) unidos por un diario que es el orgullo del periodismo argentino, porque fue el diario más importante de Hispanoamérica.

Agradezco a Publicaciones de la Universidad de Alicante esta oportunidad que me brinda de publicar este resumen de mi tesis de doctorado. Agradezco a Francisco Marcos Marín el haberme presentado en 2000 a Andrés Pedreño, el entonces rector de la Universidad de Alicante, como posible colaboradora en la Argentina de la Biblioteca Virtual «Miguel de Cervantes», porque ese acercamiento me brindó oportunidades tan ricas como la de construir esta tesis. También su orientación y estímulo, expresados esta vez en una lectura atenta de la tesis y en unos valiosos comentarios, muy anteriores a su entrega definitiva. Su presencia y la de María Soledad Salazar durante

9. Emilia de Zuleta, *op. cit.*, pág. 19.

la lectura y defensa fueron también muy valoradas por mí. Agradezco muy especialmente a mi director Miguel Ángel Lozano Marco su conducción tan segura y generosa. Doy las gracias a los miembros del tribunal, Francisco Javier Díez de Revenga, Carmen Alemany, Antonio Díez Mediavilla, José Montero Padilla, Ángel Luis Prieto de Paula, la atención con que me leyeron. Agradezco a José Carlos Rovira su apoyo y amistad. Y a Angélica Castiglione, de la biblioteca de *La Prensa*, el haberme facilitado siempre el acceso a la colección del diario, magníficamente encuadernada y conservada. Muy especialmente quiero dar las gracias a Yolanda Parra Montolío, porque se constituyó en madrina de esta tesis, y me acompañó siempre a lo largo de su proceso de gestación, haciendo tanto de correctora minuciosa del texto, como de amable anfitriona de la Universidad y ciudad de Alicante. Y el apoyo de toda mi familia, en particular el de Asunción Zumárraga.

BUENOS AIRES, DICIEMBRE DE 2007-AGOSTO DE 2010